



LA BAILARINA CEDIO ESTA VEZ A LOS INSTINTOS DE SU SEXO.

EL LOBO Y EL CORDERO

Luego que Luisa quedó sola lloró su amor desconocido. Aproximándose en seguida á una cómoda, sacó una cajita y de ella muchos billetes. Después de contemplarlos en silencio los leyó y releyó atentamente uno por uno, como si hubiera querido descubrir entre sus pliegues algunas palabras ocultas hasta entonces á sus perspicaces ojos, ó arrancar al sentido aparente de las frases alguna revelacion tardía. A medida que se engolfaba en aquel doloroso y supremo exámen, entreabría sus labios pálida sonrisa, caía una lágrima ardorosa como el último adios sobre la hoja explorada en vano, y la amorosa misiva era arrojada á las llamas en el momento mismo. Y cuando la pobre muger hubo derramado su última lágrima, y vió disipada su postrera ilusion creyó haber terminado con su vida. Ocultó el rostro entre sus manos y pidió á Dios que le enviase la muerte.

En aquel momento dió el reloj las doce, y recobrando Luisa el sentimiento de su situacion se acordó de que no habia oido retirarse á M. de Noirmont como lo tenia de costumbre. Esta reflexion cambió poco á poco el rumbo de sus ideas. Comprendió que aun la quedaba una prueba que sufrir, un esfuerzo que tentar, y fortificada con la idea de la inminencia de la lucha, resolvió aguardar la vuelta de su esposo.

Vil habia sido Enrique de su denuncia: M. de Noirmont se hallaba efectivamente aquella noche en casa de la bailarina que tenia á la sazón por señora. Estas relaciones, de que hacia alarde en público, nadie las ignoraba sino Luisa, y para revelárselas no aguardaba Mma. de Bornes sino la adquisicion de una prueba irrecusable.

Aquella noche pertenecia Leona esclusivamente á M. de Noirmont, quien pasaba á su lado todas las noches que no salia á las tablas. Medio reclinado sobre una rica otomana con la cabeza apoyada en la mano y el codo hundido en los blandos almohadones miraba en ademan distraido á su dama, que ensayaba un precioso paso del baile nuevo.

La estancia en que se hallaban ofrecia desde luego á los ojos dos aspectos que la daban excepcional fisonomía. No obstante la elegancia que la caracterizaba no tenia alfombra el pavimento, y las paredes estaban cubiertas de espejos. Frescas guirnalda de flores, verdes coronas bosquejaban

los marcos y guarnecian el resplandeciente adorno del aposento. En el fondo y en frente de un balcon, cuyas hojas eran dos espejos se clavaba la otomana donde se veia á M. de Noirmont. Era de raso blanco con chispas de oro, y bastante baja para que la persona que la ocupase no pudiera perjudicar el efecto del espejo grande que detras habia. Sobre la chimenea lucia por todo ornato el busto de mármol de la bailarina. Ningun otro mueble embarazaba aquel aposento, donde todo parecia combinado para el libre ejercicio de los movimientos del cuerpo y la multiplicidad de los efectos de la óptica.

Aquel era el taller de la bailarina.

A peticion de M. de Noirmont se habia vestido Leona aquella noche un costoso trage español, regalo suyo. Consistia en un jubon de terciopelo negro con estrellas de plata; terminado por un cinturon de raso blanco bordado de oro, que sujetaba los pliegues de su flotante falda azul celeste. Sus hermosos cabellos caian en dos largas trenzas terminadas por dos elegantes lazos, y en sus brazos, enteramente desnudos, brillaban las esmeraldas de dos anchos braceletes. Se acompañaba tocando las castañuelas. El paso que ejecutaba era vivo, zalamero, lento y voluptuoso.

Leona era española, y aquella vez no representaba sino que traducia sus sensaciones en su idioma favorito. Sentia amores, y para explicar su pasion hallaba actitudes á veces atrevidas y siempre felices. La bailarina tenia genio é inspiracion á su modo. Pasaba y volvía á pasar por delante de M. de Noirmont, pàlida, saltando, encantada y encantadora, y su falda agitada por el viento heria las rodillas del conde, y sus cabellos esparcian el mas penetrante perfume. Después se colocaba en las actitudes mas gloriosas, ya suplicante y abatida, ó triunfante y orgullosa. M. de Noirmont seguia todos sus movimientos, y aplaudia algunas veces un paso bien concluido ó una figura graciosa. Mas sus ojos permanecian frios, y su fisonomia no revelaba sino esa admiracion comun que escitan un talento reconocido y la vista de una gran dificultad hábilmente vencido.

Al final, poseida la bailarina del sentimiento del arte vino á caer á los pies del conde con una rodilla en tierra, los brazos suavemente tendidos, inclinando con languidez su cuerpo, y echada hácia atras la cabeza con coquetería. Su negra pupila estaba húmeda, agitado su pecho, sonriendo amorosa, y mostrando la doble fila de sus blancos y menudos dientes. Aquel movimiento era del todo imprevisto: acababa de improvisarle

Leona. En aquella actitud era irresistible aquella encantadora criatura.

— ¡Bravo! exclamó M. de Noirmont incorporándose levemente; esa postura es muy graciosa, y os ruego que la ensayéis en la primera representacion.

Al oír estas palabras retrocedió de un salto Leona con la agilidad de un tigre.

— Teneis razon, dijo ella, dando suelta con sencillez á todo su pensamiento. ¿Es ese el modo que teneis de alentarme, caballero? ¿Así premiáis mis esfuerzos por agradaros? ¿Estoy ahora delante del público para que con un bravo me aplaudan? En verdad, señor conde, que no admito de vos esos elogios.

Al decir esto se veia á Leona pàlida de despecho, y pendian dos lágrimas de sus anchas pestañas. Aquella era la primera vez que M. de Noirmont la veia mostrar una sensibilidad que no sospechaba en ella; y se sintió conmovido sin atinar la causa.

— ¿Qué significa eso? preguntó él con cierta sorpresa que nada tenia de afectada. ¿Qué os sucede, Leona?

— ¿Qué me sucede? repuso colérica la bailarina. ¿Me teneis por ciega ó por estúpida?

— Por segunda vez os suplico que digáis lo que os acongoja.

— Me acongoja .. una rival.

— Es verdad que la teneis, dijo el conde suspirando; mas, ¿de qué me reconvenís? ¿Os falté nunca al decoro, Leona? ¿No os gusta vues tra estancia? ¿Falta algo á vuestra coleccion de trajes y vestidos? ¿Os parece acaso de mal gusto el adorno de turquesas que últimamente os traje?

— ¡Bravo! señor conde: ahora me toca á mi aplaudiros; repuso Leona con forzada risa. Dais á entender que estoy pagada. ¿No es verdad? ¿Qué motivo tengo para quejarme? ¿Qué importa que de cuatro meses á esta parte frecuentéis mi casa para leer ó permanecer silencioso, si el público me cree vuestra dama, y soy hermosa y causo envidia, y la persona á quien amais padece celos y os llama á su lado? ¿No sonreis ahora? ¡Ah! todo lo comprendo.

— ¡Desdichada! exclamó M. de Noirmont lleno de asombro. ¿Y quién te dijo?...

— Lo he adivinado.

M. de Noirmont apareció tranquilo. — Delirais, Leona: os suplico que no habléis de eso. Ya habreis observado que soy afecto á la sinceridad y á la franqueza.

— ¡Y si yo os amase de veras!

Entonces M. de Noirmont miró á la bailarina en ademán de hombre que cree no haber entendido bien lo que se le dice. Leona había pronunciado aquella frase con un acento del corazón en nada parecido á la voz de la pasión teatral. Por desdicha en aquel instante hirieron sus trémulos dedos las castañuelas, que aun no había soltado. M. de Noirmont no fué dueño de contener una sonrisa. Furiosa Leona arrojó lejos de sí el malhadado instrumento que fue á dar en uno de los cristales de la estancia: al punto se dibujó en el espejo una estrella formada de ténues y brillantes rayos.

Se levantó M. de Noirmont con la mayor calma, tomó su sombrero y se dirigió á la puerta. — Leona, dijo; no estais razonable, y con esa cólera os poneis fea; mañana enviaré á mi ebanista para que ponga otra luna á ese espejo.

— Tiene razon, murmuró Leona prorumpiendo en triste llanto; no soy sino una miserable saltarina, y mi amor es de humilde esfera para elevarse á tanta altura.

Leona contaba veinte años; hacia diez que todas sus lágrimas habían sido fingidas. La bailarina cedió esta vez á los instintos de su sexo.

REVISTA DE TEATROS.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

Tarea grata es en verdad la que desempeña el crítico cuando por su fortuna le toca analizar una obra del calibre de la *Rueda de la fortuna*, comedia en cuatro actos original y en verso del señor don Tomas Rodriguez Rubi. En pocos años ha recorrido este jóven poeta de triunfo en triunfo una senda escabrosa cual lo es la literatura dramática para todos los que á ella se lanzan; mas las dificultades y obstáculos que en tan penosa carrera obstruyen el paso, subian de punto para el señor Rubi, quien, apenas conocido por algunas hermosas poesías andaluzas, dió al teatro *Del mal el menos*, título de su primera comedia. A la sazón ya estaban adquiridas todas ó la mayor parte de las reputaciones dramáticas contemporáneas. Ya habían escrito Garcia Gutierrez el *Trovador* y el *Rey Monge*, Hartzembusch los *Amantes de Teruel y doña Mencia*, Gil y Zárate *Carlos II y Rosmunda*; Zorrilla *Cada cual con su razon* y *Aventuras de una noche*: El duque de Rivas la *Fuerza del sino* y *Solaces de un prisionero*. Además don Manuel Breton de los Herreros había inundado ya la escena con las festivas producciones de su fecunda pluma: cabalmente el señor Rubi se inclinaba al mismo género y tenia que habérselas con un rival poderoso. Y aun suponiendo que el señor Rubi caminase directamente á su objeto sin curarse de esta noble competencia, para el público existió desde que se representó *Del mal el menos*; y ha seguido paso á paso á los dos poetas en todas sus inspiraciones. Hace mucho que el señor Breton de los Herreros se ha estacionado: sus producciones gustan generalmente y esto le satisface: ninguna tiene plan, todas abundan en fácil diálogo, versificación lozana, y amenos chistes, todas son hijas de una ocurrencia, como dijo muy bien un aventajado crítico. Por el contrario el señor Rubi: no fueron parte los aplausos que obtuvo en las comedias de *Toros y cañas* y de *Quien mas pone pierde mas*, para que allí se estancara su raudal, antes bien corriendo en anchura vena produjo el *Rigor de las desdichas*, y *Castillos en el aire* y *Detrás de la cruz el diablo*.... Hagamos aquí una

breve pausa para nombrar *La rueda de la fortuna*. En esta produccion puesta en escena á beneficio de la Matilde Diez se ha escedido á sí mismo el señor Rubi: es una comedia sin rival en su género; y no tememos asegurar que aun cuando el jóven poeta no tomase mas la pluma seria por sí sola *La rueda de la fortuna* sólida base de su futura fama.

Comienza la accion en un pueblo de la Rioja y en casa de Mauricio, natural del país, y en su consecuencia hombre franco y de corazón generoso; cualidades que acredita la circunstancia de albergar tres años ha bajo su techo hospitalario el conde de San Tello, brindándole vida patriarcal en su destierro. La hija de San Tello está perdida de amores por Zenon, hijo de Mauricio, quien debe llegar aquel mismo dia de la universidad hecho todo un doctor: la insta el ama de gobierno de Mauricio, loca de júbil, para que saiga á recibir á su amado, prohibeselo su padre, quien al ctando con el huésped sinceridad y benevolencia se remite á la voluntad de su hija cuando este le habla de una boda en que no consiente, pues destina la mano de su heredera al conde del Valle, su sobrino, por mas que la interesada lo rehusa. Llega á la casa de Mauricio el conde del Valle con el levantamiento del destierro de San Tello, antes que Zenon con el grado de doctor; y mientras tio y sobrino se retiran á un aposento para tratar de sus asuntos, llega el doctor al hogar paterno aclamado con indecible entusiasmo por sus compatriotas. Procura consolar la afliccion de su amada, y sin tiempo para saber la causa de sus penas, sale el conde de San Tello, toma á su hija del brazo, y se despide para la corte, dejándole á Zenon estupefacto y frio con el desden que le arrojan al rostro, hiriendo de rechazo al buen viejo de su padre hidalgo de solar antiguo y poseedor además de no escasas riquezas. Lleno de noble orgullo alienta á su hijo, presentándole su ejecutoria y obligándole á que vaya á la corte y á que gaste y triunfe y no consienta en que nadie le ponga el pie. Con la despedida de padre é hijo termina el primer acto.

Pasa el segundo en un salon del palacio de Fernando VI, en el que goza de gran influjo una marquesa camarera mayor de la reina; de esta circunstancia pretenden sacar provecho los embajadores de Inglaterra y Francia para los intereses de sus respectivas naciones: ambos adulan á la marquesa, y esta sigue á los dos la corriente sin plegarse á los fines del uno ni del otro. El conde del Valle ha caído en desgracia de la marquesa, quien empieza á ser especial protectora de don Zenon Somodevilla. Continúa la accion en los actos tercero y cuar o sin decaer un solo punto. En ellos asciende el hijo de Mauricio á Marques de la Ensenada y á ministro de estado, gozando siempre del favor de la marquesa que desiste generosamente de sus pretensiones amorosas, y contribuye al enlace de Zenon y de la hija del conde de san Tello obteniendo el permiso del monarca. En el sarso del último acto vuelve á presentarse Mauricio con distinto traje que al principio de la comedia, pero sin variar en un ápice de carácter y sin que le envanezca el ensalzamiento de su hijo sino porque ha vengado cumplidamente el desaire sufrido, y de que fue causa un hombre que en su hogar tuvo albergue, y comió por espacio de tres años consecutivos el pan de su mesa. Termina la comedia con los saludables

consejos de Mauricio al marques de la Ensenada sobre la administracion de igual justicia al noble y al pechero inculcándole la máxima de que *siempre está dando vueltas la Rueda de la Fortuna*.

Bello en sí el argumento de tan excelente comedia, reúne para mayor mérito una lindísima esposicion, que aun no estando enlazada con el resto de la obra formaria por sí solo un cuadro completo, animado y rico de hermosura. Magnífica es la escena final del primer acto; delicada la escena del segundo entre la marquesa y los dos embajadores; picante el diálogo del mismo acto entre la marquesa y el varon del Valle; excelente la situacion del acto tercero cuando al salir la protectora de Zenon del cuarto del rey ve á su protegido junto á la puerta del cuarto de la reina; tierna hasta lo sumo la escena del acto último entre los dos amantes; cabal en fin el conjunto de la *Rueda de la fortuna*.

El carácter de Mauricio es una verdadera inspiracion: hombre rústico y labriego la nobleza de su ejecutoria se refleja pura y limpia en todas sus acciones, ostenta orgullo no para sobreponerse á nadie, sino para no sufrir de nadie desprecios: en este punto es como la personificación del adagio de que *á quien se hace de miel moscas le comen*, su lenguaje modelo de ingenuidad y llaneza raya en lo sublime.

Con este personaje contrasta de un modo desventajoso el de la marquesa que como llovida del cielo aparece en la corte de Fernando VI, y lo que ella ata y desata en el centro de su gabinete es atado y desatado en el despacho ó secretaria del monarca: este carácter es en nuestro sentir bastante inverosímil en su origen; mas una vez admitido es natural y excelente en su desarrollo, y tanto mas necesario cuanto forma por decirlo así el nudo de la intriga.

En los demas personajes, que sin ser secundarios no son tan principales como los ya citados, se advierte la maestría y el conocimiento del teatro del poeta.

Siempre es vivo y animado el diálogo, fluida la versificación, delicado el estilo. Sentimos que el señor Delgado, en perjuicio suyo, dé en la mala costumbre de no tener impresas las comedias el dia de su representacion, lo cual nos priva del gusto de presentar á nuestros lectores una muestra de la verdad de lo que llevamos dicho, insertando algunos trozos donde resaltan las bellezas de tan linda obra.

Nada ha dejado que desear la ejecución de la *Rueda de la fortuna*. Todos los actores han llamado cumplidamente la parte que les estaba confiada. La Matilde Diez y la Teodora inimitables: Julian Romea como siempre: Gazman como nunca; hace mucho tiempo que no nos acordado tanto como el papel de Mauricio. La última comedia del señor Rubi ha encontrado dignos intérpretes, y ha obtenido con su representacion todo el realce de que es susceptible.

Por excesivos que parezcan nuestros elogios han sido mayores los aplausos con que ha saludado á *La rueda de la fortuna*, el público, á cuyo fallo debe ajustarse si se quiere en que esa produccion tendrá lunares que empañen levemente su belleza; róteolos en buen hora los que con nada se satisfacen; nosotros tambien economizaríamos los elogios si el señor Rubi fuera propenso á dormirse sobre los laureles alcanzados.

TEATROS.

CRUZ.
A las siete y media de la noche.
Última representacion del
TERREMOTO DE LA MARTINICA,
muy acreditado y á plaudido drama de grande espectáculo en cuatro actos, precedido de un prologo, será exornado con todo su á parato teatral como en las anteriores representaciones, siempre tan extraordinariamente concurridas.
PRINCIPE.
A las siete y media de la noche.
1.º Sinfonia á completa orquesta.

2.º Se pondrá en escena la comedia nueva, original en cuatro actos, y en verso, escrita por uno de nuestros mas distinguidos literatos, titulada
LA RUEDA DE LA FORTUNA
PERSONAGES. ACTORES.
Marquesa. Sras. Diez.
Clara. Lamadrid.
Petronila. Llorente.
Zenon. Sres. Romea (D. J.)
Conde. Romea (D. F.)
Duque. Sobrado.
Mauricio. Guzm. (D. A.)
D. Diego. Noren.
Keen. Perez.
Caballeros. } Garcia.
Paris.
Sanchez.
Ugieres. } Lledó.
Ornero.

Portero. Fernz (D. J.)
3.º Gran sinfonia de Guillermo Tell.
4.º Juguete bailable, compuesto y dirigido por don Angel Estrella. La música de este paso es composicion de don Manuel Martinez, profesor de la orquesta de este teatro.
5.º Sinfonia de Fra-Diablo.
6.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.
CIRCO.
A las siete y media de la noche.
SAFFO.
Opera seria en 5 partes.
NOTA. El martes 10 se cantará el nuevo Moisés

TEATRO DE LAS MUSAS.
Sito en la plazuela de la cebada núm. 96 cuarto principal.
Funcion para hoy domingo 8 de Octubre de 1843 á las 7 y media de la noche.
La comedia en 5 actos de D. Leandro Moratin cuyo título es:
LA MOGIGATA.
Seguirán las Boleas jaleadas nueva por 4 niños aficionados; terminando con un divertido Sainete.
Los precios de entrada y localidades, se anunciarán por carteles.
IMPRESA DE BOIX.